

LA COSTURERA DE CORAZONES

En una ciudad donde reinaban la vida y las risas, descansaba el más llamativo de los barrios, repleto de gente de lo más variopinta y diferente. Allí se respiraban aromas de flores de todos los olores y colores.

En una pequeña casa, en el corazón del barrio, vivía Gertrudis, amada por todos los que habitaban en Coloria y conocida por algunos como la costurera mágica. Si a un vecino se le rompía una prenda de ropa, acudía inmediatamente a ella, y en un abrir y cerrar de ojos el problema estaba resuelto. Si alguien se compraba un vestido demasiado largo, ella lo arreglaba; si perdías el traje para una entrevista importante, tenías uno igual o mejorado ese mismo día. Los rumores decían que no solo arreglaba ropa: reparaba corazones.

Gertrudis también era profesora de un grupo de pequeños aprendices de costura. Todos los viernes acudían a su casa a aprender de ella durante horas. De aquella casa salían más que nuevos costureros y costureras: salían risas, anécdotas y maravillosos recuerdos. El viernes era el día favorito de todos los niños, porque allí aprendían no solo a coser, sino también a cuidar, compartir y construir juntos.

Desgraciadamente, un día Coloria dejó de ser así. Su luz se perdió cuando la crisis y la decadencia provocadas por la pobreza y el abandono se comieron el barrio entero... el barrio entero, menos a Gertrudis.

El barrio empezó a correr demasiado rápido. Las personas iban y venían sin detenerse; siempre tenían algo que hacer, y ya nada brillaba ni llamaba la atención. Las calles eran grises, sucias y aburridas. Los parques dejaron de reír y el sol de brillar. La gente comenzó a despreciar sus antes amadas calles, y todos empezaron a parecer iguales. El miedo a hacerse notar corría por sus venas, y la comunidad se fue deshilachando, como una tela vieja olvidada en el fondo de un cajón.

Gertrudis se preguntaba qué pasaba, qué podía hacer, trataba de comprender todo aquello. Las interminables montañas de ropa que tenía para arreglar empezaron a disminuir hasta volverse inexistentes.

Todo en Coloria había cambiado. El barrio ya no era el mismo, pero la casa de Gertrudis sí sobrevivía, porque el grupo de aprendices resistió con ella.

A pesar de las calles vacías y los padres irreconocibles de los aprendices, ellos seguían asistiendo cada viernes a sus clases. Pero algo sí cambió en la casa de la costurera: ahora no solo aprendían a coser, también se dedicaban a imaginar cómo revivir su barrio, cómo devolverle el color, la unión y el cuidado que lo habían hecho único.

Intentaron hablar con el alcalde, pero quien solía contribuir a la mejora de Coloria ya no era el mismo. Presentaron quejas de las que nunca recibieron respuesta; se manifestaron por las calles, gritando y tratando de captar la atención de los vecinos. Abrieron también las clases de costura a todas las personas del barrio, pero nadie se presentó. Los niños, en sus casas, pedían ayuda a sus padres, pero nadie les daba importancia. Todos estaban centrados en el trabajo, en sobrevivir, y habían olvidado que una ciudad sin comunidad y sin diversidad no puede sostenerse.

Cuando ya lo había dado todo por perdido y los árboles estaban cada vez más grises y caídos, a Gertrudis se le ocurrió una idea. Llamó a todos sus alumnos y pasaron todo el día poniendo en marcha el plan.

Cuando estuvieron listos, salieron a las calles —que ya casi no reconocían— decididos a cambiarlo todo.

Cada niño llevaba una aguja, un hilo de un color diferente y todos los conocimientos que habían aprendido de Gertrudis. Empezaron a arreglar su barrio; empezaron a coserlo.

Se dividieron: mientras unos reparaban los árboles caídos, otros cosían las grietas de las aceras. Poco a poco, las calles comenzaron a llenarse de color y de vida. Había esperanza en cada recoveco del barrio. Las personas que pasaban se detenían, miraban, y algunas se unían a ayudar.

Ya estaban todas las calles como antes, pero seguía faltando algo. Entonces se dieron cuenta de que Coloria no volvería a ser nunca lo mismo sin su gente: sin sus padres, el pescadero, los bomberos, la panadera, los profesores, los obreros, los gatos y perros que despertaban las calles

y todos los que vivían allí. Porque ellos eran, en realidad, los verdaderos cimientos del barrio: lo que hacía de Coloria un lugar vivo.

Entonces Gertrudis, junto con todos los niños, empezó a llamar a cada puerta. La gente, al ver las coloridas calles, empezó a salir, poco a poco, a reencontrarse con los demás. Volvieron a hablar, a reír, a aceptar la diversidad, la diferencia y la peculiaridad que siempre había definido a Coloria. Redescubrieron el valor de cuidarse entre sí y de cuidar el lugar que compartían.

La tarde de ese mismo día, la casa de Gertrudis volvió a llenarse de ropa por coser, los parques de gente sentada en los bancos sin prisa por nada y las plazas repletas de vecinos conversando sobre su día. Coloria volvió a ser Coloria, una comunidad que aprendió que el bienestar de todos depende de los lazos que se tejen entre las personas y su entorno.

Pasaron los años, y la casa de Gertrudis volvió a quedarse sin ropa por coser. Pero esta vez tampoco estaba ella. El barrio lloró su muerte durante meses, pero no se detuvo.

La casa de Gertrudis ya no tenía montañas de ropa, pero estas se trasladaron a las casas de sus vecinos. Así, los apaños de la costurera no murieron: permanecieron en las manos del barrio, y con ellos, el corazón de Gertrudis.

Entonces se comprobó que, en efecto, Gertrudis sí era mágica, y que su gran don en la costura no solo arregló las calles: salvó el alma de Coloria. Porque lo que realmente había remendado cada vez que alguien acudía a ella, no eran las telas, sino los corazones.

Isabel Díez Izco

